

## PRESENTACIÓN

---

ENCARNACIÓN LEMUS  
Universidad de Huelva

*La Transición Ibérica*\*, el título de este monográfico, alude a la conveniencia de observar conjuntamente las transiciones políticas de Portugal y España. Si los dos procesos tomados por separado presentan una naturaleza radicalmente distinta —uno rupturista e iniciado a través de un golpe militar, el otro sobre la innovadora fórmula de la «ley a la ley» y por vía reformista, además de la envergadura que la dimensión colonial añadió al caso portugués—, interesa destacar que, desde el punto de vista geopolítico, la península era indivisible y la desestabilización en Portugal fue interpretada como indicio de una posible radicalización en España, así que se quiere subrayar que, sin el antecedente del 25 de abril, la transición reformista española hubiese transcurrido de forma distinta.

Aunque en el ámbito de la Ciencia Política se habló muy pronto de «las transiciones del Sur de Europa» como un conjunto, ni en Portugal ni en España ha sido frecuente el análisis relacionado de ambos procesos. En nuestro país, siguiendo la estela de los notables estudios de Hipólito de la Torre sobre salazarismo y franquismo, Josep Sánchez Cervelló trazó un excelente panorama del impacto del 25 de abril en la transición española, que se ha convertido en el mejor referente, y más recientemente Juan Carlos Jiménez retoma el concepto de democratización peninsular y a esta línea se han de añadir algunos de los trabajos de los autores del monográfico.

Avanzando más allá, en el dossier se desarrolla un análisis comparado en los distintos aspectos que los sucesivos artículos abordan, señalando las in-

---

\* En el arranque de este dossier, el conjunto se insertaba dentro del Proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología HUM 2007-62337 «La Transición Ibérica: Portugal y España. El interés internacional por la liberalización española (1974-1977) desde el impacto del 25 de abril en Portugal»; ahora lo hace en su segunda fase, con el código HAR2011-27460.

fluencias recíprocas en un camino paralelo, que avanza hacia el final de las dictaduras y prosigue hasta el ingreso simultáneo en la Comunidad Económica Europea. Se habla también de que, desde fuera, la mirada internacional distingue con dificultad entre Portugal y España. Entonces la evolución de Portugal provocó una preocupación internacional no solo por lo que en aquella República se vivía sino porque la revolución se filtrara por la frontera y el concepto de Transición ibérica también corresponde a esa visión unitaria desde el exterior.

Como Alberto Carrillo-Linares y Miguel Cardina expresan, la Revolución de los Claveles no podía leerse en las universidades españolas más que como el anticipo de lo que estaba por llegar, una perspectiva optimista que retroalimentaba las esperanzas y reforzaba el ánimo de los contestatarios, en relación inversamente proporcional a la preocupación creciente de las autoridades. No hay duda de que los estudiantes portugueses y españoles se encontraban entre los grupos sociales más activos en la lucha contra sus dictaduras y los autores precisan que en Portugal, en 1973, los estudiantes suponían un tercio de los presos políticos detenidos por la PIDE. En tanto que los datos sobre los procesados por el Tribunal de Orden Público español (TOP) son elocuentes: el 67% era menor de 31 años y el 77% no había pasado de los 35; y si atendemos a la ocupación, sobre el total, el 22% eran estudiantes. No solo los repertorios de protesta sino el hecho de haber transformado la reclamación académica en una reivindicación esencialmente política, poniendo en marcha movimientos de contestación casi idénticos, dotó a dichos fenómenos de unidad. Si bien, en los movimientos portugueses los aspectos relativos a la guerra y descolonización aparecieron con una intensidad e importancia que en España no pudieron tener.

Por otra parte, si existe un acuerdo sobre la afinidad de los dos partidos socialistas peninsulares —PSP y PSOE—, la distancia entre el prosoviético PCP y el eurocomunista PCE aparece como una de las primeras diferencias entre ambos procesos políticos. Raquel Varela reenfoca la comparación entre ambos partidos en 1975, partiendo del hecho de que el primero estaba formando parte de los gobiernos provisionales y el segundo en la clandestinidad, lo que les llevaba a distanciar su praxis política. Sin embargo, para la autora, ambos partidos se alineaban con una política de coexistencia pacífica, estaban empeñados en asegurar la democratización en Portugal y España y respetaban las jerarquías y los compromisos internacionales de los respectivos Estados. Varela apunta cómo el PCP, que denunció las huelgas salvajes y respetó la propiedad privada, no pretendió la sustitución del capitalismo y la economía de mercado sino su mantenimiento, si bien bajo una fuerte intervención estatal, y fija la diferencia entre ambos en que el PCE ensanchó su posibilismo con la aceptación de la dinámica de pactos sociales y de la Monarquía frente a la República.

En el otro lado del entramado social, entre el empresariado peninsular también se partía de una afinidad a favor del cambio político, en la medida en que este suponía el acercamiento a la CEE y «Europa» era, ante todo, una

oportunidad de desarrollo y garantía de crecimiento económico. Como aclara Ángeles González, esa percepción positiva se yuxtaponía con otra menos halagüeña: la incorporación significaba un desafío al que solo podrían sobrevivir los mejores y los más eficaces, y ambas facetas eran inseparables. La autora establece que la Revolución de los Claveles forzó una clara modificación en la apreciación del empresariado portugués. La adhesión dejó de ser, a sus ojos, una cuestión meramente económica para convertirse en primordialmente política: Europa como aval para la implantación de una democracia pluralista, respetuosa con la propiedad privada y vinculada estrechamente a los principios del libre mercado. Como en el caso español la definición del modelo económico no sufrió ningún cuestionamiento serio, sus hombres de empresa acentuaron su percepción pragmática de la Comunidad y, en consecuencia, los aspectos puramente económicos de una posible adhesión. Complementariamente, este trabajo muestra para el empresariado portugués el peso de la disyuntiva atlantismo *versus* europeísmo, inexistente en el caso español, fijando así una clara diferencia en las actitudes a uno y otro lado en relación con la adhesión a la CEE.

Precisamente EE. UU. cifró en el europeísmo el antídoto contra la radicalización peninsular y es algo que he recogido en mi artículo, indicando cómo contó para ello con sus principales socios europeos, Gran Bretaña y la RFA. Si algo sobresale en los artículos de Óscar Martín, Carlos Sanz y el mío propio es la coincidencia de los resultados. Alertadas por el cariz revolucionario que tomaban los acontecimientos en Portugal, las tres potencias desarrollaron una actuación concertada para asegurar una salida controlada a la conflictiva transformación política de ambos países, como explica el primer autor tomando como referente la posición británica. En los tres casos se expone cómo la acción exterior quedaba enclavada en un doble contexto, la progresiva desestabilización del Mediterráneo y la emergencia de una nueva política de distensión entre EE. UU. y la URSS.

En el caso británico, la tradicional sintonía entre el Reino Unido y Portugal frente a las dificultades que Gibraltar imponía en la bilateralidad entre aquel país y España marcan la diferencia. No obstante, Martín ejemplifica cómo los británicos incentivaron la aproximación cultural, que tuvo en la lengua inglesa un excelente instrumento para fomentar la moderación en los cambios políticos no solo en Portugal, en España también. Con respecto a la RFA y EE. UU., ante el peligro de contagio se dio la más completa sintonía en la adopción de una alternativa preventiva y, aunque se valoró la eficacia instrumental de la cultura, se confió más en medidas puramente políticas como el impulso a partidos y sindicatos que pudieran restar seguimiento a opciones comunistas o el contacto con los militares para contrarrestar a los elementos más radicales —de izquierda en Portugal, de derecha en España—, además del oportuno uso de las ayudas económicas. En el caso alemán, Car-

los Sanz explica cómo intensificaron con gran acierto la actividad de las fundaciones, no fue así por parte norteamericana.

Finalmente, cuando avanzaba el mes de noviembre de 1975, la descolonización era una realidad —no solo para Portugal también España se comprometió a salir del Sahara—, con la desaparición del V Gobierno Provisional, los sectores moderados se hicieron con el Gobierno en Portugal y al mismo tiempo sonaba para España la hora de la reforma, un movimiento que se inició con diferente paso, al son de *Grândola, vila morena*, lograba acompasar su ritmo, la «Transición Ibérica».